

LA LLAVE DE LAS HABITACIONES CERRADAS

A Olaya siempre le había gustado la casa del abuelo Pelayo. Tenía ese olor a madera vieja que solo tienen los hogares donde se ha vivido mucho. Cada tarde, después del colegio, mientras su madre estaba en su segundo trabajo, ella cruzaba el portal verde. Subía las escaleras de piedra de dos en dos y llamaba a la puerta con tres golpecitos, siempre los mismos.

—Soy yo, abuelo —decía.

Y Pelayo, aunque a veces tardaba un poco en reaccionar, siempre abría con una sonrisa.

Además, había algo que hacía aquella casa aún más especial: su tradición del chocolate caliente. Dos veces por semana, siempre los martes y los viernes, preparaban juntos un chocolate que perfumaba toda la cocina. Pelayo calentaba la leche en un cazo abollado, Olaya removía con una cuchara de madera, y cuando el chocolate estaba listo ambos brindaban con sus tazas.

—¡Por los días dulces! —decían al unísono, riendo.

Aquel otoño, sin embargo, Olaya empezó a notar cosas que antes no estaban. El abuelo dejaba la leche fuera de la nevera, buscaba las gafas que llevaba puestas o preguntaba varias veces durante la misma tarde qué día era.

—Son despistes —decía él, restándole importancia.

Pero Olaya sabía que no eran solo despistes. Había algo más, algo que no sabía nombrar.

Una tarde de lluvia, mientras buscaban el móvil que Pelayo había perdido por tercera vez en lo que llevaban de semana, Olaya abrió un botiquín metálico que estaba en el salón. Esperaba encontrar vendas, tiritas o algún frasco de mercromina, pero no fue así.

Dentro había objetos extraños: una piedra lisa, un botón blanco, una entrada de cine amarillenta, una concha de playa, una servilleta con un dibujo infantil y una carta doblada con sumo cuidado.

—¿Qué es esto, abuelo?

Pelayo se acercó despacio, como si aquel botiquín fuera un tesoro.

—Ah... eso —dijo acariciando la tapa con la yema de los dedos—. Ese es mi botiquín.

Olaya frunció el ceño.

—Abuelo, no lo entiendo. ¡Aquí no hay medicinas!

Pelayo sonrió.

Se sentaron juntos en el sofá, y uno por uno, Pelayo fue explicando la historia de cada objeto, con una emoción que Olaya no había visto nunca.

El abuelo tomó la piedra entre sus manos.

—Esta piedra... —susurró—. La cogí el día que conocí a tu abuela Conchi. Estaba sentada en la playa, leyendo una de esas revistas de cotilleos de famosos. Yo pasé por allí, tropecé con esta piedrita y me caí de bruces. Ella se rió tanto... que a pesar de la vergüenza y toda la arena que se me había metido en la boca me sentí obligado a hablar con ella.

Pelayo cerró los ojos un instante, como si pudiera volver a oír aquella risa.

—Ese día empezó todo —añadió, con una sonrisa que le iluminó el rostro.

Después tomó el botón blanco.

—Este es del abrigo que llevaba tu abuela el día de nuestra boda. Se le cayó mientras bailábamos un vals. Yo lo guardé porque... —hizo una pausa, tragando pura emoción en vez de saliva— porque ese día celebrábamos que era la mujer con la que quería envejecer.

Luego cogió la entrada de cine.

—Esta es del día en que nació tu madre Cristina. Tu abuela y yo íbamos al cine cada viernes. Pero ese día, a mitad de película, Conchi me apretó la mano y dijo: “Pelayo, creo que es el momento”.

—¿Y salisteis corriendo? —preguntó Olaya, riendo.

—Corriendo no... ¡volando! —respondió él, con los ojos brillantes.

La concha de playa también tenía historia.

—La cogió tu madre. Tenía siete años y dijo que era “la concha más bonita del mundo”.

—¿Y por qué la guardaste?

—Porque ella me la dió y todo lo que me dais es importante.

Olaya sintió una pequeña llama en el pecho: nunca había oído al abuelo hablar con tanta nostalgia.

—¡Este lo hice yo!—exclamó al ver la servilleta con el dibujo infantil.

—Sí —dijo Pelayo—. Tenías tres años. Viniste a casa y me dijiste: “Abuelo, te he dibujado a ti, pero más guapo”.

Olaya se tapó la cara, avergonzada. Aquel retrato del abuelo era un óvalo con líneas rectas que simulaban sus brazos y piernas, con una sonrisa deslumbrante en el centro del pecho. ¡Ni siquiera tenía cabeza!

—No me acuerdo de eso.

—Yo sí —respondió él, con ternura—. Fue la primera vez que me dibujaste.

Finalmente, Pelayo tomó la carta. La sostuvo con ambas manos, como si fuera frágil.

—Y esta... —su voz se volvió más baja, más lenta—. Esta es de Conchi, la escribió poco antes de fallecer. Me decía que no tuviera miedo, que siguiera adelante, que la vida siempre puede volver a ser bonita. —Se le humedecieron los ojos—. A veces la leo cuando me siento perdido. Me recuerda que no estoy solo... aunque ella ya no esté.

Olaya lo tuvo claro: ese botiquín no era una simple caja de recuerdos, era la vida del abuelo y guardada en él objetos pequeños que aún latían en su corazón con fuerza.

Con el paso de las semanas, los olvidos se hicieron más frecuentes. Pelayo repetía historias sin darse cuenta, se confundía de palabras, llamaba a Olaya por el nombre de su hija, pero cada tarde cuando abrían el botiquín, algo cambiaba: Pelayo recordaba. Recordaba con una claridad que incluso sorprendía a Olaya. Era como si los objetos fueran pequeñas luces que iluminaban su memoria.

Un día, mientras hojeaban juntos una foto antigua, Pelayo dijo:

—¿Sabes? A veces siento que mi cabeza es como una casa con muchas habitaciones. Algunas puertas están abiertas de par en par, pero otras están cerradas con llave.

—Pues yo seré tu llave, te ayudaré a abrirlas—dijo Olaya con el optimismo que le caracterizaba.

Pronto llegó el día que Olaya temía. Una tarde fría de diciembre, llamó a la puerta con sus tres golpecitos de siempre. Pelayo abrió, pero no sonrió. De hecho, la miró como si mirara a un desconocido.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó con educación.

Olaya sintió un pinchazo en el pecho.

—Soy yo, abuelo. Olaya, tu nieta, la hija de Cristina.

—Lo siento... no sé quién eres—dijo Pelayo frunciendo el ceño, claramente confundido.

Olaya tragó saliva. No lloró, no quería que el abuelo la viera triste.

—No pasa nada —dijo con voz suave—. ¿Puedo pasar?

Entró, dejó la mochila en el suelo y fue directa al botiquín. Lo abrió con cuidado y sacó la piedra, la entrada de cine, el botón blanco...

—Mira, abuelo —dijo con voz firme sentándose a su lado—. ¿Te cuento una historia?

Y empezó a contarle las historias que él mismo le había repetido tantas veces: la playa donde conoció a Conchi, el abrigo blanco de la boda, el cine del día que nació mamá, la concha más bonita del mundo, la servilleta con su dibujo y la carta de la abuela.

Pelayo escuchaba en silencio. De vez en cuando asentía, como si algo dentro de él reconociera esas palabras, aunque su mente no pudiera nombrarlas.

Cuando Olaya terminó, él sonrió.

—No sé quién eres —dijo—, pero me haces sentir como en casa.

Olaya lo abrazó despacio y con cuidado.

—Soy tu llave, abuelo, y siempre estaré aquí abriendo las puertas de tu casa.

Esa noche Olaya tomó una decisión: si el abuelo tenía un botiquín para recordar el pasado, ella haría uno para recordar el presente.

Al día siguiente llevó una caja nueva.

—Este será nuestro botiquín —anunció—. Para guardar lo que estamos viviendo ahora.

Dentro fueron metiendo cosas nuevas: una foto de los dos haciendo un puzzle, una hoja seca de una tarde paseando por el parque, un ticket del supermercado donde compraban chocolate, una nota que decía: “Te quiero”.... Cada día añadían algo. Cada día, Olaya le contaba al abuelo la historia de ese objeto, y aunque Pelayo a veces olvidaba su nombre, nunca olvidaba la sensación de estar acompañado.

En la mesa del salón, los dos botiquines estaban abiertos cada tarde: uno lleno de recuerdos del pasado y otro lleno de recuerdos del presente. Y entre ambos, Olaya, que era el puente que mantenía viva la historia del abuelo.

La memoria puede fallar, sí, pero el amor no lo hará. Porque a veces, recordar por alguien es la forma más profunda de quererle.